

nidad y la humanidad, ¿cómo pudo poner en duda que formasen parte de ellos las lecciones morales, los principios y máximas acerca del buen vivir? Todas las dudas, todas absolutamente se nos figura que deben desaparecer sobre este particular, despues de las representaciones figuradas de los castigos impuestos a los impíos, a los no iniciados, acerca de lo cual no faltan pruebas exactas. Aparte de la esperanza de felicidad futura que los iniciados veían en el fondo de los misterios, y de que nos hablaron Isócrates y Cicerón, é independientemente del sitio del honor que se creía reservado para aquellos en los infiernos (πυρροεδρία), Platon nos habla, según la creencia general, del fango en que tendrían que yacer los que no hubiesen tomado parte en tan santas ceremonias (1). Y aun cuando no tuviese fuerza el ver a estos filósofos atribuir a Museo y a Eumolpo, esto es, a los dos jefes místicos de las iniciaciones, el dogma de los premios y castigos futuros, deberíamos fijar muy bien la atención en las notabilísimas ideas de Empedócles acerca del origen de las almas, identificadas con los demonios buenos y malos; sobre su destierro en este suelo para expiar las culpas de su vida anterior; sobre el retorno a su divino origen de las que ya las habían expiado bastante; ideas que todo contribuye a atestiguar que procedían de los misterios.

Empedócles, en efecto, debió de acudir con frecuencia a estas fuentes, y con mucha más razón los sabios que le precedieron, Ferecides, Pitágoras y Heráclito, que positivamente está calificado de Orfíco. Recordemos que en general el origen de los misterios de Grecia, contemporáneo del origen de la civilización griega, se pierde entre la oscuridad del período pelásgico en aquellos tiempos remotos en que el cantor, como Eumolpo ó Museo, es también sacerdote y preceptor de la religión, y en que frecuentemente lo encontramos revestido además de la dignidad real. Estos sacerdotes ó cantores habían ido a Grecia desde otros países, de donde llevaron las nociones superiores que poseían. Enlazáronlas diestramente con las rudas creencias difundidas entre los semisalvajes que iban a civilizar. Poca cosa valían dichas creencias, consistiendo en un principio de sa-beísmo, y principalmente en una adoración estrictamente local de los cuerpos de la naturaleza y de sus elementos; y los advenedizos debieron procurar desarrollarlas transformándolas y reproduciendo en su patria adoptiva las grandes instituciones sacerdotales en cuyo seno habían mamado una doctrina más pura y elevada. Parece además que algunos de los Estados fundados por ellos, particularmente en Tracia y en Argolide, se aproximaban mucho en un principio a las formas monárquicas y religiosas del Egipto y del Asia.

Semejante fenómeno no podía tener larga vida en el suelo de la Grecia: la Providencia abri-

(1) Ἐν βορβόρω κείσεται. *Phaedon*, p. 60.

gaba otros designios acerca de estos pueblos. Ni el clima, ni la naturaleza del suelo, ni el genio mismo de los hombres permitían que el sistema oriental echase raíces entre los Griegos. Nuevas circunstancias hicieron brotar aspiraciones nuevas, desarrollaron nuevas fuerzas y en breve prevaleció en muchos puntos un nuevo orden de cosas; las antiguas corporaciones sacerdotales y las tribus en que dominaban tuvieron que ceder el terreno, y en su lugar y al frente de otras tribus independientes, se elevaron los héroes, señores del territorio, con los reyezuelos cuyos iguales eran; y habiendo suscitado sus hazañas y la vida caballeresca una poesía análoga y una clase de cantores que nada tenía ya de sacerdotal, todas estas nociones, todos estos dogmas superiores importados de Oriente, las sagradas tradiciones, los himnos simbólicos en que estaban contenidos, debieron buscar un asilo a la sombra de los ritos secretos y pasar a ser materia de enseñanza misteriosa. La masa de las tribus griegas combinó sus creencias hereditarias con los nuevos cantos, que fundados también sobre la religión popular del país, correspondían a los instintos de los habitantes y a su movediza y viva fantasía. Pero las almas escogidas custodiaron el precioso tesoro de las creencias más puras, predicadas en otro tiempo a los antepasados de los héroes; y la epopeya heroica, común, puramente exterior y sensible no les fué del todo ajena y les facilitó frecuentes alusiones. Pitágoras y otros sabios volvieron a beber en las fuentes orientales la antigua doctrina; de donde les vino el título de orfícos, como sus sucesores, que recogieron fielmente su tradición.

Pero estos filósofos, al recogerla, se propusieron fundarla sobre nuevas bases, enriquecer con su trabajo y sus personales meditaciones aquel depósito sagrado de la ciencia divina, formar poco a poco el espíritu griego para la especulación cada vez más independiente. Al paso que los primeros sistemas filosóficos, a lo menos en cuanto al fondo, no hacían más que reproducir las grandes ideas religiosas introducidas en Grecia, sus sucesores las variaron y trasformaron hasta tal punto que muy pronto se estableció el equilibrio entre los nuevos descubrimientos del pensamiento y estas antiguas importaciones de la fe, hasta que prevaleció el genio griego sobre el oriental. Platon, el héroe de la dialéctica, conserva sin embargo en sus escritos una gran parte de los dogmas tradicionales que bebió en los pitagóricos y jónicos. Pero en cuanto se hubo emancipado el espíritu filosófico y empezó a marchar en su fuerza y libertad, no pudo menos de abusar de tiempo en tiempo de estas condiciones, y separándose del todo de la tradición, volvió las armas contra la religión que lo había alimentado, como lo prueban los ataques de Diágoras, de Melo, de Evemero y otros. La mayoría de los filósofos, sin embargo, siguió militando en pro de las creencias antiguas, que al interpretarlas respe-

taron, en particular los pitagóricos y platónicos. Al volver a abrirse el Oriente, gracias más bien al genio que a las conquistas de Alejandro, y al entrar en circulación sus riquezas intelectuales, debieron dichos filósofos beber más copiosamente en aquella fuente de los dogmas primitivos y debió desarrollarse considerablemente entre sus manos la alta doctrina religiosa, sobre todo en la favorable posición que muchos de ellos ocuparon en Alejandría. Solo con gran reserva y con muchísimos miramientos habían podido sus predecesores emitir de cuando en cuando máximas teológicas contrarias a la fe popular. Pero las reglas severas que respecto a este punto conservaban los jefes de los institutos misteriosos, empezaron a relajarse por el trato continuo de los Griegos y Orientales y Hebreos, y ya llegó a ser difícil el ocultar verdades que estos profesaban públicamente. Otra cosa fué ya despues de la predicación del Cristianismo, máxime cuando desde su principio declaró guerra a muerte a los cultos paganos. ¿Cómo podían estos sostener la lucha contra un adversario tan formidable, si se obstinaban en encerrar en el secreto de los misterios lo mejor de las creencias en que se apoyaban? Convenía, no obstante, al sacerdocio griego que ejercitados atletas tomáran a su cargo la defensa de la causa común, y sin comprometer nada hiciesen resaltar el mérito de la doctrina misteriosa. Así fué que Plotino, y sobre todo el celoso Porfirio, Apolonio, Yamblico, Juliano, Proclo y otros, la mayor parte afiliados a las escuelas filosóficas de Pitágoras y Platon, revelaron, cada cual a su modo, los dogmas, fundamentales de los antiguos misterios de Grecia, y debían en efecto revelarlos.

Decimos a su modo, y efectivamente fué necesario que aquellos antiguos dogmas, para presentarse con alguna ventaja en la lucha, se plegasen a las nuevas formas de la filosofía. Solo bajo este punto de vista tienen razón los Padres cuando llaman torcidas las explicaciones filosóficas: cuando por ejemplo se lamentan de no descubrir ni con mucho, en la doctrina de los misterios de Egipto y de Grecia, todo lo que leían en los escritos de Porfirio (1). Verdad es que los hierofantes no habían usado los términos que despues emplearon los filósofos para exponer unas mismas ideas; pero no olvidemos por otro lado que los doctores de la Iglesia tenían gran interés en difundir la sospecha sobre todo cuanto tenía trazas de provenir de la secreta creencia del paganismo, que no podía sucumbir mientras se conservara en el respeto de los pueblos. Esta observación nuestra no quiere decir que pretendamos poner en duda un hecho no menos constante, a saber, que los Padres en sus ataques contra los misterios se guiaron casi siempre por motivos puramente morales.

De todo esto se deduce la confirmación de un

(1) Véase EUSEB., *Præp. Evang.*, III, p. 118.

principio que hemos sentado: es decir, que los escritos de los llamados nuevos pitagóricos y nuevos platónicos, y también eclécticos, son de la mayor importancia para el que quiera penetrar en la íntima esencia de la religión griega en general y de la doctrina de los misterios en particular, así como también hasta cierto punto las obras de los doctores cristianos que las refutan. No hizo bien, por consiguiente, Sainte-Croix que bajo la fe de los Padres dejó de profundizar la teoría desarrollada por aquellos filósofos sobre la religión y la mitología de los Griegos. El estudio de sus concepciones es fecundo en utilísimas noticias; pero hay que distinguir entre lo relativo al lenguaje y a las fórmulas de escuela y el fondo y la sustancia efectiva de los dogmas misteriosos; para lo cual es bueno comparar con cuidado dichos escritos con los de los antiguos historiadores, con fragmentos de los viejos sistemas filosóficos y hasta con los de los poetas, particularmente trágicos. En efecto, se sabe que la tragedia griega, aspirando a instruir y al mismo tiempo a deleitar a sus contemporáneos, y buscando los aplausos del público docto, presentó muchas veces en escena las nociones más puras de la Divinidad y de las cosas divinas. Dejando aparte la religión de Sófocles, tan elevada sobre las creencias vulgares, ya Esquilo es muy notable en este concepto. No discutiremos aquí hasta qué punto y en qué sentido puede llamarsele pitagórico; pero se cuenta de él una anecdota que viene muy al caso para nuestro asunto. Dicen que en su *Sisifo*, en la *Ifigenia*, en el *Edipo* y en otros dramas se había expresado respecto de Ceres de un modo que parecía revelar algo de la doctrina de los misterios; en cuya consecuencia fué emplazado como sacrilego. Añádese que un día, estando en escena representando una tragedia suya, dijo una relación de tal género que irritó a los espectadores de manera que tuvo que refugiarse en el altar de Baco. Los miembros del Areópago se interpusieron, y ya fuese porque declarase no estar iniciado ó por diligencias de su hermano Cinegiro, ó por ambos motivos, fué salvado de mayor castigo.

Poco nos interesa que Esquilo fuese ó no iniciado; ni tampoco saber si en lo que dijo hubo ó no profanación de misterios. Ha llegado hasta nosotros por medio de un testimonio, grave cual es el de Herodoto, el aserto sentado por él de que Demeter era madre de Artemis. En ese caso, Artemis se convertía en Perséfone, como sucedía en Píndaro, calificado también de pitagórico, como lo confesó despues Calimaco. Según todas las apariencias, este era un dogma egipcio, y al mismo tiempo un dogma de los misterios del Ática. Los platónicos, como Porfirio y Proclo, quieren decir lo mismo cuando hablan de las dos vírgenes, Proserpina y Diana, que en el fondo son una misma. Despues de Esquilo, Eurípides se aficionó al profundo sentido de la doctrina antigua; muchos ejemplos

podríamos citar de ello; pero el que mas nos interesa en nuestro caso es su axioma sobre el Éter y la Tierra, primeros padres de todos los seres animados é inanimados: contiene este axioma la antigua doctrina de Ammon y Rea, de Júpiter y Ceres, y tambien de Osiris é Isis, bajo su mas elevado aspecto. Es cosa notable que en las *Tesmoforias*, que celebraban á Ceres, ponga en ridiculo Aristófanes el dualismo cosmogónico de Eurípides.

Pero ¿cuál era en fin (se nos preguntará) la doctrina que se enseñaba en los grandes misterios? Todo lo que hemos dicho anteriormente, con exclusion de una metafísica abstracta y de una vulgar instruccion en la economía rural. Las *Tesmoforias* fueron en Atenas la mas antigua entre las fiestas misteriosas, y los dogmas á ellas anexos pueden llamarse las leyes de Ceres. Y así como el Éxodo está íntimamente enlazado con la legislación del Sinaí, y así como en el Decálogo de Moises se encuentra ante todo la historia completa del pueblo de Dios y la de los Patriarcas hasta la creacion; así los Atenienses, en sus misterios, tenían, digámoslo así, su decálogo, que eran los mandamientos de Triptolemo, y despues su Éxodo, el Levítico, y por último el Génesis. Conforme á la tradicion figurada del mundo primitivo, que se representaba en las escenas de los misterios, los grandes seres cósmicos aparecian á los ojos de los iniciados en el acto de llevar á cabo la obra de la creacion: el Demiurgo, escoltado por el sol y la luna y por Hermes, palabra de vida encarnada; despues Ceres que buscaba á su hija, Ceres en su estado de abatimiento y en la purificacion á que somete al joven Demofonte; despues la emigracion y purificacion sucesiva del alma, las regiones infernales con Pluton y Proserpina; y por último, Triptolemo, Gracion, Androgeo, Teseo, y todos los grandes reyes, cultivadores y civilizadores del Ática que, ó bien llevaban de los países extranjeros la semilla del grano y de la fe, ó se apartaban de su patria para transmitir estos beneficios á los pueblos. De estas imágenes y representaciones escénicas nacia en los grandes misterios una grande instruccion destinada á los mas perfectos; y las verdades de un Dios único y eterno, del destino del mundo y del hombre quedaban guardadas en el corazon de los epoptos. La agricultura y los misterios, dice Isócrates, enlazando aquella á estos, son los bienes mas preciosos del Ática. Esta sola concesion, aun cuando no nos sirvieran de apoyo los cantos religiosos, podria autorizar la conjetura de que, en los misterios del Ática, el dogma de la palíngenesia ó segundo nacimiento y de la inmortalidad del alma, eran los primeros que se enseñaban, bajo símbolos apropiados á la trasformacion del grano en espiga. Este dogma estaba tanto en la naturaleza y tan felizmente apropiado á la idea que se encuentra casi en todas las religiones; el Evangelio de Jesucristo no se desdeñó de emplearlo, y la ley de los

Persas se vale de imágenes semejantes para el dogma de la resurreccion (1).

Los dos himnos órficos, dirigidos á Proserpina y á Ceres Eleusina, como que son mas recientes, están concebidos en el mismo espíritu; y porque forman una especie de epilogo de las atribuciones de las dos diosas, tales como las hemos explicado, y porque son, por decirlo así, el símbolo de su culto misterioso, nos parece oportuno terminar este capítulo con trasladarlos, sacándolos de la traduccion del profesor Enrique Ottino. (Turin, 1855.)

Himno á Perséfone.

« Perséfone, hija del gran Júpiter, ven, oh diosa bienaventurada, unigénita, á recibir las ofrendas que te son gratas. Esposa honrada y fiel de Pluton, tú que difundes la vida, que custodias las puertas de Aide (la invisible) en la profundidad de la tierra, reivindicadora del derecho, la de los cabellos ensortijados, á quien engendró Jove con inefable union; madre de Eubuleo el de los terribles mugidos y de múltiples formas; alegre compañera de las horas, que llevas la luz, que irradias belleza; augusta diosa, soberana de todos los seres; vírgen que prodigas los frutos de la dulce claridad, de los retorcidos cuernos, única apetecible para los mortales; mensajera de la primavera, que te complaces en el grato olor de los prados, que revelas su sagrado cuerpo en los verdes retoños que son indicio de las mieses, y eres robada para ser conducida al lecho nupcial en los dias de otoño; tú que sola eres la vida y la muerte para los míseros mortales; tú, justamente llamada Persefonia, porque sin cesar produces y destruyes; acoge nuestros votos; oh bienaventurada diosa! dános los frutos del seno de la tierra; haz florecer entre nosotros la paz, la dulce salud: concédenos una vida feliz, que por medio de una alegre vejez nos conduzca á tu mansion, oh reina, y á la del omnipotente Pluton.»

Á Demeter Eleusina. — Ofrenda de perfumes.

Diosa, madre de todos los seres, divinidad de mil nombres distintos, augusta Demeter, nutriz de los jóvenes; tú que das la felicidad y la riqueza, que haces nacer las espigas, que produces todos los bienes, que gozas de la paz y de los penosos trabajos de los campos, que derramas las semillas, acopias la gavilla, bendices la era, doras la mieses, y escogiste para morada tuya los santos valles de Eléusis; amable y graciosa diosa que alimentas á todos los mortales, que fuiste la primera que hizo doblegar bajo el yugo la cerviz del laborioso buey, y

(1) (Tomado de Creuzer.)

diste á los hombres el alimento mejor y mas suave; tú que proteges la vegetacion, que tienes participacion en los altares de Baco y gozas espléndidos honores, que llevas hachas en la mano, que eres pura, que te regocijas con la hoz que siega las mieses; tú que habitas debajo de la tierra, tú que reapareces con la luz, tú que á todos socorres; madre fecunda que amas á tus hijos, vírgen augusta que nutres las generaciones nacientes; tú que guias los dragones

uncidos á tu carro, los que se plegan con transportes para formar sus orbes al rededor de tu trono; madre de una hija única, y de muchos hijos al mismo tiempo; venerada de los mortales, que apareces bajo mil formas, adornada de mil flores, rica de sagrada vegetacion; ven, oh bienaventurada, y santa diosa, ven cargada con los tesoros de la mies, llevando contigo la paz, el buen orden, la riqueza fecunda en goces, y la salud, reina de todos bienes.